



para la nueva versión cinematográfica del sainete madrileño titulado

LA REVOLTOSA

Ante todo, han de ser directrices para la redacción, tanto de este Argumento como de su Guión consecutivo, las siguientes consideraciones, dictadas por el deseo de que la nueva película responda a lo que hoy exigen las circunstancias:

1ª.- LA REVOLTOSA, en su nueva versión cinematográfica, ha de conservar plenamente en su esencia el carácter que a fines del siglo XIX le dieron para el Teatro sus ilustres autores. Desvirtuar sus tipos centrales sería tanto como negar el pleno acierto de López Silva, Fernández Shaw y Chapí y dar un arriesgado paso que pudiera influir no sólo en la parte artística sino en la comercial del asunto.

2ª.- Cuidado especialísimo hay que consagrar al estudio de la protagonista. En este punto, los autores se inspiraron, como es bien sabido, en la comedia de Moreto EL DESDÉN CON EL DESDÉN, acomodando reacciones y sentimientos al ambiente y las costumbres del Madrid de fines del XIX; y la traviesa moza madrileña nació a la luz de la escena con todo el gracejo, el garbo, la gracia, la ternura y la pasión que han hecho de la Mari Pepa un tipo de indiscutible arraigo popular.

3ª.- Precisamente para acentuar estas virtudes y estas realidades humanas del personaje se sugieren en el presente ARGUMENTO varias modificaciones en la formación de distintos tipos, con objeto de que el público cinematográfico de hoy,-- el público de habla hispana de todo el mundo,-- encuentre perfectamente justificados los celos y los desdenes con que mutuamente se castigan Mari Pepa y Felipe. Sin que ninguno de los dos pierda matices en su respectivo carácter, se han de expresar al hablar uno y otro sin excesos de localismos, y en forma apropiada a su nueva aventura ante los públicos de habla española. En lo hondo, en su raíz, han de ser los de siempre: lo que vienen siendo y representando du-

rante más de sesenta años. Pero en sus expresiones no han de olvidar la universalidad de sus auditorios.

4ª.- En torno a las dos figuras que constituyen el eje de la comedia han de moverse los demás tipos ideados por sus autores; pero como la anécdota de la obra es sucinta, y un GUIÓN necesita mucho mayor desarrollo, la fantasía, siempre respetuosa con lo esencial, ha de volar para crear un nuevo interés a la trama y para justificar las reacciones de los protagonistas. Y hasta ha de apoyarse en unas cuantas acciones secundarias, que al complicarse con la acción principal ofrezca a la película un atractivo moderno.

5ª.- No se ha de olvidar el carácter madrileño costumbrista de LA REVOLTO-SA. Por eso hay que conservar en lo posible lugares de acción, época y trajes; todo ello, estilizado en un montaje que tenga conciencia de su responsabilidad. Precisamente el costumbrismo ha de acentuarse al crear una película con ambición de espectacularidad; dando a las anécdotas los cuadros de positivo efecto que el moderno estudio de la época y de los ambientes sugiere.

EL
PRELUDIO

Se considera necesario que comience la proyección con el PRELUDIO íntegro de la obra. Para ilustrarlo gráficamente se proponen las siguientes sugerencias:

Cuando ha terminado el desfile en la pantalla de rótulos, títulos, reparte y nombres de artistas y colaboradores, suena una voz que dice escuetamente: "El sainete madrileño LA REVOLTOSA fué estrenado el 25 de noviembre de 1897 en el teatro de Apolo de Madrid." Inmediatamente aparece la fachada del famoso teatro de Apolo, en la calle de Alcalá; y al mismo tiempo comienza a oírse el preludio de la obra. La fachada del teatro se ve desde lejos: desde la acera inmediata al jardín del Palacio de Casa Riera, que hoy ocupa en buena parte el Círculo de Bellas Artes. Adosada a esta fachada, se halla sentada, vendiendo décimos de la Lotería Nacional, la popular ciega, gorda y rubia, que no se retiraba entonces de su puesto hasta muy avanzada la noche. Se supone que acaba de vender unos décimos a unos señores que han desaparecido por su derecha, calle abajo. Y les dice: "No lo duden ustedes. Esta es noche de suerte para los utores de LA REVOLTOSA." La cámara avanza; y ahora vemos de cerca la fachada; y en ella la cartelera del teatro con el cartel de la noche, en cuya primera sección figura la obra nueva y, bajo ella, LAS BRAVIAS, de los mismos autores.

Sigue sonando el preludio. Vemos ahora el interior del teatro, completamente lleno; y, al frente de la orquesta, al maestro Don Narciso López, rubicundo y con gran bigote ceniciento, que dirige a la orquesta sentado en un alto sillón.

No dirige el maestro Chapí. El célebre maestro se encuentra en este momento en el escenario, detrás del telón. La escena se halla ocupada por todos los personajes que figuran en ella al empezar la obra teatral; pero nadie se mueve ostensiblemente: todo el mundo observa al maestro Chapí, que mira a la sala por un agujero del telón. Está el maestro visiblemente satisfecho. Sonríe y dirige su mirada hacia la primera caja de la izquierda, donde se supone que se

encuentran, — porque acaban de llegar, — los libretistas de LA REVOLTOSA. Con ademán expresivo, Chapí invita a sus amigos a que vean también, por el agujero del telón, el imponente aspecto de la sala. López Silva y ~~Ruiz~~ Fernández Shaw, que permanecen ocultos, han debido contestarle negativamente por gestos, porque el maestro exclama: — "¿Qué? ~~NO SE ATREVEN~~ No se atreven? ¡Pues ustedes se lo pierden! Pero no se muevan de ahí en toda la noche, porque vamos a presenciar algo que ustedes mismos no se figuran".

Continúa el preludio. Por el lado opuesto al que ocupan los libretistas del sainete, aparece ahora la protagonista de LA REVOLTOSA. A ella no le corresponde estar en escena cuando se levante el telón; pero no ha podido resistir la tentación de ver, por el agujerito, la sala del teatro y felicitar por anticipado a Don Ruperto Chapí. La Mari Pepa, ya perfectamente arreglada para la escena, está guapísima; un poco nerviosa, pero radiante de alegría y felicidad. El maestro la recibe con júbilo y la invita a contemplar la sala, de la que podemos ver algunos aspectos, como si los viera ella. — "¡Qué gentío, maestro! ¿Ha venido FRASCUELO?" — "No; pero está LAGARTIJO en un palco." — "¡Digo!..." Vuelve a mirar. Luego se quedan sus ojos fijos en el maestro. En las distintas expresiones del rostro de la Mari Pepa se adivinan ya las distintas reacciones de su alma...

Pero el preludio toca a su término. — "¡Vá a concluir ya! ¡Muy buena suerte para todos!" Y Mari Pepa, gentil y jubilosa, estampa un beso en la frente del genial compositor y escapa hacia la primera caja de donde salió. Por el lado opuesto hace nítis también, riendo francamente, el maestro Chapí.

El preludio termina justamente en este momento. Suena una imponente ovación. El telón se alza: mejor dicho, inicia su ascensión. La acción de la película comienza.

=====

LA PELICULA

RELACION DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES:

LA PLANCHADORA, llama Mari Pepa.

LA CIGARRERA (Empleada en la Fábrica de Tabacos), llamada Almodena.

LA BAILAORA, llamada la "Gardenia".

LA SASTRA, llamada Paloma.

LA GALLINERA, llamada Encarna.

LA NOVIA, llamada Soledad.

LA PORTERA.

DOS SEÑORONAS, llamadas la Marquesa y la Duquesa.

VARIAS CHULAS.

EL OFICIAL DE PLATERO, llamado Felipe.

EL INSPECTOR DE POLICIA URBANA (antiguo picador y ahora, por las noches, jefe de Claque de un Teatro), llamado Señor Candelas ~~llamado~~.

EL TORERO DE MODA, ~~YVARS~~ el "Posturas".

EL SASTRE, llamado Ricardo.

EL CAMARERO DE CAFÉ, llamado Eusebio.

EL COCHERO DE PUNTO, llamado Isidoro.

EL MAESTRO PLATERO, llamado Señor Joaquín.

EL AMIGO DE TODOS, llamado "Chupitos".

EL NIÑO DE LOS SASTRES, llamado Ricardito.

EL ENCARGADO DE UNA "KERMESSE".

EL ENCARGADO DE OTRA "KERMESSE".

ORGANILLEROS, BARQUILLEROS, TOREROS, VECINOS, GENTE DEL PUEBLO, DE LA CLASE MEDIA Y DE LA ARISTOCRACIA.

Madrid, 1897.

— 222 —

Hemos dejado alzándose el telón del teatro de ~~WVV~~ Apolo. Pero al comenzar la película, no contemplamos el famoso patio de LA REVOLTOSA, que ya hemos visto en el teatro durante el preludio. Nos hallamos ahora ante una obra cinematográfica, - no teatral, - y hemos de acudir a algunos antecedentes para la presentación de los personajes. Y así la película nos ofrece ante todo el interior del cuarto de Mari Pepa en una semi guardilla del pintoresco barrio de Maravillas. El cuarto es muy modesto; pero tiene un ventanal alto, desde el cual Mari Pepa mira el panorama de tejados del centro de Madrid, dominado por la Torre de la Iglesia de Santa Cruz. La puerta del cuarto se ha abierto, y aparece ALMUDENA, la hermana menor de nuestra protagonista, envuelta en su pañolillo de crespón. Mari Pepa se vuelve y alegremente la abraza. - "¡Ya pensé que te había pasado algo!" Breve y animada conversación de las dos hermanas, en la que han de decirse claramente varias cosas: que aquella es una casa del barrio de Maravillas de la que están hartas y aburridas, pues es una casa llena de líos, en la que han inventado a Mari Pepa, por su carácter alegre, toda clase de infundios; que Almudena viene de los Barrios Bajos, donde siempre vivieron, y acaba de convenir con el Administrador de una vivienda de la calle del Tribulete el arriendo de un cuarto limpio y soleado, que es el que ambas hermanas necesitan: con suficientes habitaciones para que puedan dormir las dos y para que Mari Pepa pueda instalar sus planchas, con las que se gana la vida; y lo bastante cerca de la Fábrica de Tabacos para que Almudena no se dé las caminatas que a diario tiene que darse ahora. Y, sobre todo, es una casa tranquila en la que todo el mundo vive su vida independiente sin preocuparse unos de otros. Ella, - Almudena, - viene precisamente de allí y ha visto cómo cada vecina se ocupa solamente de lo suyo. Aquello es un Mén, en un barrio que no por éso deja de ser jaranero y castizo. Desde el primer momento ha de observarse el contraste entre los caracteres de las dos hermanas: el de Mari Pepa, alegre, decidido y travieso; el de Almudena, tímido, apocado y poco resuelto. Así se comprenderá el trabajo que ha costado a ésta decidirse ella sola a alquilar el nuevo cuarto; pero eran

de tal modo terminantes las resoluciones de Mari Pepa de marcharse "mañana mismo" de la vivienda actual, que Almudena no ha dudado en firmarle el contrato al Señor Candelas, el Inspector de Policía Urbana del Distrito de la Latina, que es el Administrador de la finca. —"Lo tienes que conocer", dice la muchacha muy convencida. —"Es el FAROLES, aquel que fué picador en la cuadrilla del ESPARTERO. ¡Un tío muy bien plantao!"

Unos golpecitos en la puerta interrumpen la charla de las dos hermanas. Abre Mari Pepa; y aparece, moreno, guapo y juvenil, ISIDORO. —"¡A ver si vá a poder ser! Aquí la jóven, que se subió sin pagarme la carrera; y esta es la hora en que me estoy derritiendo al sol en el pescante". Gran confusión y sonrojo en Almudena. Resulta que Isidoro es el cochero de una "manuela" de alquiler en la que ha venido la muchacha desde la propia calle del Tribulete. Salía ella de firmar su contrato, arrancaba él de allí con su coche; y, por darle pronto a la Mari Pepa la alegría de haber resuelto el asunto, no tuvo Almudena inconveniente en subir al "simón" y venir, como quien dice, "en un vuelo". Luego, con el alborozo, echó escaleras arriba y allí se quedó el cochero sin cobrar. Pero Mari Pepa lo arregla todo en un abrir y cerrar de ojos: paga a Isidoro y se entera con satisfacción de que él es precisamente vecino de su nueva casa. ¡Feliz casualidad! "Mañana mismo", en un carro, irá a la calle del Tribulete todo el modesto ajuar de las hermanas; y lo que pueda llevarse a mano lo llevarán ellas mismas, en la "manuela" de Isidoro; el cual no está, de físico, del todo mal.

Al día siguiente se produce el traslado de los muebles y utensilios al nuevo hogar. Unos mozos cargan el carro, que sale luego despacio para la calle del Tribulete. Pero lo más interesante es la salida de Mari Pepa y de su hermana de la antigua casa y, especialmente, la despedida que hace aquélla a la portara...y a varias otras personas que en segundo término asoman sus cabezas, atónitas ante lo que oyen. —"Les dice usté a tós esos desgraciaos que una servidora se vá muy contenta de perderles de vista; que desde ahora ya pueden poner verde a la primera que, como yo, las repudra

de envidia; y que nosotras, esta infeliz y yo, nos llevamos a otro lado el tesoro de nuestra alegría." Y, dirigiéndose a Isidoro, que espera en el pescante de la "manuela" rodeado de jaulas con ~~por~~ pájaros y tiestos con flores, exclama: —"¿Es o no es verdad, auriga?" —"¡Samalacolé!", dice afirmativo Isidoro enarbolando el látigo. Y el coche arranca con su preciosa carga en busca de la calle de Alcalá, camino de los Barrios Bajos.

Vemos pasar la "manuela" de Mari Pepa por la calle de Sevilla. En la acera de la izquierda, delante de los Cafés Suizo e Inglés, está la lonja de toreros y de cómicos: tipos que acuden a contratarse allí con la esperanza de la gloria o para recordar tiempos pasados. Entre estos últimos figura un guardia, jacarandeando y juncal, que, desde la acera, saluda a Isidoro. Y éste, desde lo alto del pescante, corresponde al saludo gritando: ~~¡Viva!~~ —"¡Fíjese en lo que llevo, señor Candelas!" Almudena le ve y dice: —"¡El administrador!" Mari Pepa subraya: —"¿Pero ése es el FAROLES? ¡No conocía otra cosa. Yo le conozco de jefe de la claqué de Novedades." Gesto reverencioso del Guardia, y carcajada de ella en el coche, que sigue hacia Atocha y la calle del Ave María, camino de la del Tribulete.

Se vá acercando el coche a la nueva casa de las hermanas. —"¡Aquella es!" dice ufano el cochero. —"Esto es lo que usted necesita, mi reina: una casa tranquila, como una jaula abierta..." Y ella: —"¡Lo que yo quiero! ¡Vivir como en una gran familia!" —"¡Eso! ¡Que todos somos hermanos!" La "manuela" se ha detenido; y viajeras y cochero descienden alegremente de ella. Los tres penetran, bajo una gran portalada, en el patio de vecindad conocido. Entran lentamente, con sus jaulas y sus tiestos, mirando con curiosidad a un lado y otro. Nadie: el patio está solitario; ni alma viviente se ve. Pero todo ésto no es más que apariencia; todas las puertas de los dos pisos del patio se hallan cuidadosamente entornadas, y tras ellas atisban la entrada de las recién llegadas todos los vecinos y vecinas de la casa. Sabían que iban a llegar, y esperan su entrada con irresistible impaciencia. —"Esto es asombroso", exclama Mari Pepa. —"Esto es la felicidad soñada".

—“Ya te lo dije”, confirma Almudena. —“Cada uno en lo suyo y tós tan contentos.” Las hermanas toman escaleras arriba en busca de su cuarto y desfílan sin saberlo ante las miradas inquisitivas de la vecinas curiosas. Una por una pueden verse las caras de la Señora PALOMA, de Encarna y de Soledad en la planta baja, y de otras inquilinas en la planta superior. Sus comentarios en voz baja forman como un murmullo de varia y amena crítica. Cuando han llegado las hermanas al corredor alto y ha desaparecido Isidoro por la portalada en busca de su coche, ciérranse al mismo tiempo, con mucho cuidado todas las puertas. Tras la del cuarto de la Señora Paloma se habían parapetado, por orden de alturas, esta voluminosa mujer, su marido Ricardo y el niño Ricardito, hijo de ambos: un colegial de diez u once años que, lo mismo que su padre, se ha relamido viendo pasar a la nueva, guapísima, vecina. —“No valen pa ~~des~~ descalzar a ninguna de vosotras”, comenta hipócritamente Ricardo, mientras que se sienta a coser en una silla baja, ejerciendo su profesión de sastre. —“Serán como todas: dos lagartas” puntualiza Polonia cosiendo el botón de un chaleco. —“Pues, lo que es una... ¡es un monumento!”, exclama el pequeño colegial. —“¡Niño!”, regañan a un tiempo padre y madre. Y el niño se sienta a hacer que estudia en uno de los libros que saca de su cartera; pero en sus ojos traviesos puede leerse que no es precisamente en el estudio en lo que piensa entonces el chico.

Distinta escena se produce en otro cuarto de la planta baja: aquel que ocupan la acicalada ENCARNA y su marido el postinero EUSEBIO, camarero del lejano Café de San Isidro, que se dispone ~~para~~ a salir para ejercer su profesión. —“¡Dita sea! ¡Por vida de...! Yo, a ésta, la conozco del Café. Iba con un señorón de bigote y perilla.” —“Tú ves visiones”, le responde la mujer; aquélla era la PASIONERA, que te dejó a deber setenta reales. Estas dos hermanas no son conocidas en el barrio. Al menos, de ahora. A mí me ha dicho Isidoro, el de la Soledad, que las han echao de donde vivían porque no pagaban. ~~Y~~ A él le quisieron dejar de pagar una carrera de su “simón.” Andate con cuidado, no te saquen de donde no tienes.” —“¿A quien?”

¿A mí? Si yo presto a créditos es a los clientes del Café; y de esos no se me escapa uno".

Otra escena, en el cuarto de Soledad. Se encuentra ella sola haciendo punto de media y meditando. Soledad es joven y guapa: un poco sosa, un poco ingenua ~~y un poco~~ y un poco "pava": tiene asadura, como dirían los Quintero. Pero, como no es tonta ni mucho menos, ha podido darse cuenta de las grandes demostraciones de simpatía que su novio Isidoro ha hecho a Mari Pepa y su hermana cuando las ha dejado en el patio, camino de su cuarto. Como Isidoro, luego, se ha ido con su "manuela", no ha tenido Soledad ocasión todavía para desahogarse. Isidoro, que se ha figurado algo de toda esta reacción sentimental de su novia, ha dejado el coche en el "punto" de la Plaza del Avapiés y se ha venido a su cuarto, inmediato al de Soledad, para componerse el peinado y tomar de un vaso con agua un par de claveles con ~~que~~ que obsequiar a su prometida. Con ellos en la mano vá al cuarto de Soledad; llama con los nudillos en la puerta; y ella, que comprende que es él, no ~~abre~~ abre. Nueva llamada y nuevo silencio. — ¡Mira que me voy! exclama él con voz fuerte. Y ella acude rápidamente a abrir la puerta. Cuando ya ambos novios se encuentran solos, se exterioriza la indignación de ella. ¿Qué se ha figurado su novio? ¿Que ella no vió la escenita? Ella será tonta, pero no tanto. Y hasta echa unas lagrimitas, que Isidoro corta con un oportuno caramelo, que introduce en su boca golosa: — Toma: chupa, mujer; que es de grosella".

Pero donde hay más movimiento es en el cuarto de Mari Pepa y Almudena. Las dos hermanas limpian y sacuden los muebles que acaban de llegar. Algunos, — los de la ^{habitación} principal, que es comedor y cuarto de plancha en una pieza, — ya están colocados; pero todavía los mozos entran las camas y lavabos del dormitorio y otros enseres. Cuando los mozos, bien pagados, se retiran, Mari Pepa, sentada sobre el colchón de su cama, palmotea de satisfacción. ¡Qué alegría! Ya están instaladas en una casa como Dios manda, lejos de las envidias y las renéjillas del otro lado. Ahora lo que tiene ella

que hacer es visitar a la clientela, para que sepa su nueva vivienda, y comenzar de nuevo su trabajo. Habla Mari Pepa mientras que se peina, mirándose ante un espejo que pende de una pared. Y, en cuanto ha terminado de arreglarse, se pone su pañuelo a la cabeza, toma su mantón y, dando un beso a Almudena, la advierte cómicamente: —"Y a ver la comida que me tiés preparada para cuando venga!" —"Un arroz viudo". —"Mira si yo le encontrase una buena proporción..." Sale Mari Pepa al corredor; llega por él hasta la escalera, que baja gozosamente; y, cuando llega a los primeros peldaños, se detiene de pronto, sorprendida: —"¡Felipe!" En efecto, de uno de los cuartos de la planta baja, el inmediato al de Paloma y Ricardo, acaba de salir el auténtico Felipe, que es la más cabada estampa del artesano madrileño, simpático y formal, bien plantado y bien vestido, como debe ser. En la cara de Felipe se refleja no menos asombro que en la de Mari Pepa; pero si en ella se ha pintado la complacencia, en él se expresa la contrariedad. —"¡Mari Pepa! ¿Tú aquí? No lo puedo creer". —"Sí, hijo. ¿Qué de particular tiene? Desde hace una hora mi hermana y yo vivimos ahí arriba." —"Vosotras sois las nuevas vecinas? ¡Ni por pienso! ¡Ya te estás volviendo pa tu casa." Mari Pepa contesta que no es posible; Felipe insiste en que se tienen que marchar, porque ni aquella casa es apropiada para ellas, ni ellas son apropiadas para aquella casa; Mari Pepa contesta que lo siente mucho, pero no se vá; las réplicas van subiendo de tono, porque ninguno de los dos cede; y lo que comenzó en el sencillo encuentro de dos jóvenes conocidos se vá transformando en una discusión agria de una mujer y un hombre que no se son indiferentes. Se deduce de sus contestaciones que él es de oficio platero y ella de profesión planchadora; que se conocieron un día en que ella estaba comprando una alhajita en una Platería de los sopertales de la calle Mayer y en que él había acudido a llevar al maestro el fruto de su trabajo; que, desde entonces, simpatizaron y se vieron con frecuencia; y que ya Felipe se enteró de cómo ella traía revuelto el cotarro masculino de la calle de Malasaña... Y el muchacho piensa que ahora, en su nuevo alojamiento, todavía más popular, vá a ser peor. —"¡Te vas de

esta casa y te vas del barrio!" Y como ella no se convence, y como él es tozudo, se van discutiendo acaloradamente por la portalada que conduce a la calle. Lo mismo que a la llegada de Mari Pepa, se han entreabierto todas las puertas del patio para no perder las vecinas el menor detalle de la inesperada escena que se presenta ante sus ojos. Surgen las risas, los gestos y los comentarios. Y en cuanto Mari Pepa y Felipe se han marchado, la Señora Paloma requiere a veces los auxilios de Chupitos, que es un mozuelo de rostro pícaro, hijo de otra vecina. Para la Señora Paloma es imprescindible saber la vida y milagros de las recién llegadas, y nadie mejor que Chupitos para sonsacar a Almudena y enterarse de todo.

Escena en el cuarto de Mari Pepa entre la asustadiza Almudena y el apicarado Chupitos. Es la escena de todos los tiempos entre dos mozalbetes de distintos sexos: ella, ingénua y apocada (por lo menos, aparentemente), y él avispado y un poco atrevido. Chupitos dice a Almudena que él, como vecino, —como hijo de unos vecinos,— vá a ofrecerse por si desean algo las recién llegadas. Le ha gustado Almudena, y quiere "hablar con ella". Almudena dice que "lo pensará"; pero halagada por los piropos del chico, que la encienden en rubor, y confiada por el tono de camaradería de él, se confía ella a su vez y refiere a Chupitos ~~cuantos~~ cuantos antecedentes (brevísimos) convengan para la buena inteligencia de la acción. (Desde luego, ha de quedar bien claro que ambas hermanas, honradísimas, viven con el importe de su trabajo). Mientras tanto, la pareja formada por Mari Pepa y Felipe continúa su discusión camino de la calle Mayor. Cuando llegan ante la Platería de los soporales, él corta la discusión abriendo la puerta y penetrando violentamente en la tienda. Ella tiene un primer impulso de entrarse tras de Felipe; pero reacciona, se sobrepone a su sentimiento y prorrumpe en una franca carcajada, tomando calle arriba hacia la Puerta del Sol. La ruidosa risa de Mari Pepa llama la atención de dos transeuntes jóvenes; quienes, al verla, no pueden reprimir un gesto admirativo...y un piropo (fino), que ella recibe complacida. En ese momento Felipe, arrepentido de sus malos modos, ha vuel-

to a la calle para darle una explicación; pero la contemplación de aquella escena le obliga a volverse definitivamente a la Platería. Mari Pepa no se ha enterado de este último, y ha seguido caminando con su andar garboso y su gracia innata. Entonces, un hombre cualquiera, queriendo requebrarla, le suelta una ordánariez, que hiere a la muchacha. Se sonroja Mari Pepa, y apostrofa al palurdo; dice éste otra inconveniencia; y Mari Pepa, muy decidida, acude a un Guardia reclamando contra el ofensor, que la ha llamado "tal y cual". Y se encuentra con un Guardia que viene a decirle: —"Pero, hija mía de mi alma, con esa cara y con esos andares tiene usté que disculparlo todo". Porque el Guardia es otro Don Juan con uniforme, que también, —aunque más galantes,— tiene sus piropos a flor de labio. Las "cosas" del Guardia ya hacen ~~más~~ más gracia a la muchacha, que se marcha jacarandosa y satisfecha.

En el patio de la calle del Tribulete, la Señora Paloma, Encarna y ~~NEW~~ Soledad rodean a Chupitos, que se deshace en elogios de las hermanas y hasta puede fantasear a sus anchas diciendo que a él le dá en la nariz que las nuevas vecinas son hijas de un gran señorón, que las dejó algo más que un buen pasar. Encarna, — la mujer de Eusebio, — se vá a la calle, — llevando silla de tijera y cestos, — para ocupar su puesto de mollejas, menudillos y gallinejas en la Plaza de Cascorro.

Vemos ahora en el interior del Café de San Isidro al Señor Ricardo, el sastre; al cochero Isidoro y a otro amigo tomándose unos cafés que les sirve Eusebio a la manera típica de fines del siglo XIX en Madrid: café con leche, con propina de leche en otro vaso, y "media de abajo" (media tostada) con ~~MAN~~ mantequilla puesta en el mostrador con un pincel. Los parroquianos y el camarero, que se hallan junto a uno de los ventanales que dán a la calle de Toledo, hablan de la última faena de Mazzantini. —"¡Es muy grande Don Luis!" Discuten un poco. Y Ricardo, para explicar un detalle de la faena, se levanta y dá ~~con~~ un pañuelo varios pases a una silla. Gran carcajada de un señor que está sentado ante otra mesa, un poco más allá. El señor no es otro que Cande-

las, el Administrador de la casa de Tribulete. —"Pero, ¿estaba usted ahí, Señor Candelas? Usted, como profesional, nos vá a decir si fué o no fué velaple el del domingo." Y el aludido, como antiguo picador y como alta autoridad del barrio, expone "ex cátedra" su criterio. Interrumpe la tertulia algo imprevisto: detrás del ventanal pasa por la calle de Toledo la Mari Pepa; su paso deja mudos a los contertulios. Cuando reaccionan de la impresión, Isidoro es el que toma la palabra presumiendo de "antiguo" amigo. Ha de verse bien claramente que miente y que sus embustes no tienen más transcendencia que los de un cazador que pondera sus "éxitos" cinegéticos. El Señor Candelas es el único que aparenta no dar a la muchacha excesiva importancia.

Mari Pepa no ha visto a sus nuevos vecinos y es ajena totalmente a los comentarios que ha suscitado con su "palmito". Ha seguido caminando; ha enfilado la calle de los Estudios; y, al desembocar en la Plaza de Cascorro, se detienen a comprar unas magras y unos menudillos ante el puesto de la gallinejera de la esquina, que no es otra que la Encarna. La muchacha no conoce a la vendedora; pero ésta, sin darse a conocer, sabe muy bien de quién se trata, y se apresura a servirla y a observarla. Dos mozos de cuerda, apostados cerca, se sienten elocuentes; y uno de ellos ^{les} dice: —¡Olé las matronas y las mozas bursátiles y serranas! Y el otro, más intencionado, agrega: —¡Calientitas! A lo que Mari Pepa, desenfadada y riendo, repone al marcharse: —¡Magras!

Cuando nuestra protagonista llega al patio~~an~~ de la calle de Tribulete se encuentran en él solamente mujeres: cosiendo en una silla baja, a la puerta de su cuarto, la Señora Paloma; lavando en una pila de agua corriente, la Soledad; y dedicadas a otras faenas dos o tres vecinas más. Las frases que cruzan Mari Pepa y ellas no pueden ser más educadas y circunspectas. Después de este brevísimo intercambio "de buena educación", la muchacha pregunta si en el patio se puede lavar y si hay turnos establecidos. ~~El~~ Le contestan que la costumbre es ponerse de acuerdo por las buenas y como Dios manda. Por lo visto y oído, Almudena se ha enterado de que ya está su hermana de

vuelta; y sale ella al corredor alto, entablándose entre las dos hermanas un diálogo casi a gritos, sobre cosas triviales, que derivan en preguntar Almudena si ha traído su hermana algo, substancial, con que acompañar el arroz, y en contestar Mari Pepa que sólo unas mollejas, de muy mal aspecto por cierto. —"¿En donde las ha encontrado usted, alma mía?", pregunta la Señora Paloma "inocentemente". —"Ahí, en Cascorro", contesta Mari Pepa, sincera. Y entre Paloma y Soledad se cambian miradas significativas: ya tienen tema para ir con "el cuento de la mala mercancía" a Encarna la gallinejera.

Ajeno a todas estas cosas, pero ~~REVENIR~~ abstraído en sus propios sentimientos, está Felipe en su pequeño taller de la Platería. El tiene en casa su verdadero taller y suele ir a la tienda para entregar al maestro su trabajo. Pero hay veces, como en esta ocasión, que el collar o el broche necesitan un pequeño retoque; y el muchacho hace la corrección en la propia Platería. ¿Qué le pasa ahora a Felipe que se ha quedado con la pieza de plata que traía entre las manos, y nada hace ni trabaja? Esta es la pregunta que le hace el señor Joaquín su maestro, que lleva un rato mirándole. —"A tí te pasa algo, galán". —"¿A mí? Nada." —"Pero, si estás en otro mundo; si no pareces el Felipe de siempre". Efectivamente, Felipe termina por confesar a su maestro que está enamorado; y, como se ha enamorado de la mujer más bonita y más juvenil que se pasea por Madrid, no puede resistir que la gente se le quede mirando y la piropee. El comprende que son tonterías; que ella no se merece la menor duda de él; pero, "¡es que es demasiado bonita, señor Joaquín!" Y tomando en sus manos la capillita de plata que había traído, le hace esta pregunta: —"Vamos a ver, ¿qué es ésto?" —"La imagen de la Virgen que me encargué para las monjitas del Sacramento". —"No, señor Joaquín. ¡Es ella! Creo que está bien la cara, que es alegre la expresión, que parece..." —"La misma Virgen". —"Pues es la cara de la Mari Pepa; porque la llevo tan dentro de mí, la contemplo a solas durante tantas horas, que, puesto a expresar la imagen de la Virgencita, me han salido las facciones de mi madrileña!" —"Pues mira tú por dónde las monjitas se han beneficiado con una obra de

arte auténtico." —"No se burle usted, maestro". —"¿Yo, burlarme?" Y el Señor Joaquín toma entonces la Capilla; y en la imagen de la Virgen, en primer término, pueden verse las facciones, finas y expresivas, de la protagonista de la película. Pero el propio señor Joaquín corta la escena.—"Mira, le dice:— te vas a llevar a tu casa otra cosa que me corre prisa: este collar, que me lo tienes que arreglar para el viernes." Y le entrega un collar compuesto por duros de plata, con la efigie barbada de Don Amadeo de Saboya. —"Es para un ama de cría. Aquí no valen inspiraciones." —"¿Me lo puedo llevar a mi taller?" —"¿Pues no te digo que lo arregles en casa? Y, la no pensar más que en tu trabajo y en tu porvenir!" —"¡Quién pudiera!" Vemos en efecto ahora a Felipe en el pequeño taller de platería que tiene instalado en su habitación. Trabaja afanosamente en el collar que le ha dado el maestro; pero se detiene de cuando en cuando pensativo. De pronto, la puerta de su cuarto se abre y surge Ricardito, el hijo de los sastres. —"De parte de mi padre, que le están esperando para el tute." —"¡No puedo!" —"Que tiene usted que hacer el cuarto." —"No tengo ganas de jugar." El niño desaparece y Felipe reanuda su tarea. Pero el niño vuelve. —"Dice mi padre que juegue usted sin ganas." —"¡Vaya!..." Felipe se levanta, se quita el peto azul de trabajo, se pone su americana y sale al patio, donde ya esperan sentados, en torno de una mesa, sus vecinos el sastre, el camarero y el cochero. Un momento de alegre camaradería entre los cuatro hombres, que se disponen a jugar.

Mari Pepa en su cuarto termina de planchar una prenda de ropa blanca, que coloca luego en un lienzo para envolver. Después coge un par de zapatos y comienza a limpiarlos y sacarles lustre con un cepillo. Mientras que limpia sus zapatitos, canta. Entre tanto, los del tute charlan al mismo tiempo que juegan. Hay un momento en que escuchan la voz de la vecina del cuarto de arriba: la de Mari Pepa. Y surgen inevitablemente los comentarios admirativos del cochero, el camarero y el sastre: —"¡Qué ojos! —¡Qué cara! ¡Qué manera de andar!" Desde el primer instante, en cuanto Felipe se dá cuenta de que se refieren a Mari Pepa, tuerce el gesto y escucha violento las entusiasmadas expre-

siones de sus vecinos, a los que hace sensatos reproches. Indiferente a la escena anterior, Mari Pepa ha terminado de la limpieza de sus zapatos y ha concluido su canción. En la mesa del tute ha faltado muy poco para que palmoteen los admiradores de la muchacha. Felipe, no pudiendo aguantar más la situación, se levanta malhumorado, pretextando no encontrarse bien, y deja a sus compañeros con las cartas en las manos. Pero Mari Pepa, ya arreglada, ha tomado el envoltorio de la ropa planchada, ha salido al corredor alto y baja ahora la escalera para dirigirse a la calle. Escena, en cierto modo, semejante a la del sainete, en que se pone de relieve el gracejo de la planchadora, incitando y conteniendo al mismo tiempo a sus tres admiradores: cada cual en su tipo: presumiendo de figura, el camarero; de rostro agitanado, el cochero; y de dinero,— sortijas, alfiler de corbata, etc,— el sastre. La escena es interrumpida por Felipe; el cual, sin importársele nada un escándalo, increpa a Mari Pepa, tildándola de "veleta", que se mueve según donde el viento sopla. Mari Pepa hace frente a Felipe; y se establece una verdadera gresca entre el joven y la planchadora; gresca que es presenciada por las vecinas de los distintos cuartos, que han salido al oír las voces. También ha salido al corredor la asustada Almudena, que no se atreve a decir "esta boca es mía", arrinconadita en un ángulo de la galería. La escena termina con una serie de apóstrofes que mutuamente se dirigen ambos jóvenes, entre la franca hilaridad del vecindario. Mari Pepa se vá, arrogante y digna, a la calle; y Felipe, que ha sido rodeado por varias mujeres, las huye también, yéndose de la casa en dirección contraria a la que ha tomado ella. El patio queda inmediatamente vacío; y por la escalera baja rápidamente la cómicamente angustiada Almudena que, como una exhalación, se dirige a la calle. Ya en ésta atisba allá lejos a su hermana y corre tras ella, lo mismo que lo haría un perrillo faldero.

¿Adonde vá Felipe? ¿Lo sabe él acaso? No vá adonde le llevan sus atormentados pensamientos; porque éstos le conducirían solamente a la desesperación. Mira el reloj: las seis (de la tarde). Compra a un vendedor callejero LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, y no la lee. Al ~~pasar~~ pasar, ya en el centro

de la capital, ante un Café de Camareras, (pueden tomarse como modelos la Cervecería de Candela o los que habían en la Carrera de San Jerónimo o la calle Mayor), entra en el establecimiento como un sonámbulo. La camarera de turno, - ebúrnea de carnes, - se le acerca solícita. Felipe apenas la hace caso; y hay un desplante en ella, que provoca en él una carcajada sarcástica. Lo que Felipe quiere es distraer sus ideas: abre LA CORRESPONDENCIA e intenta leer. ¡Es inútil! Levanta ~~VANIVANA~~ la mirada, y sus ojos se fijan en una mujer arrogante que ante otra mesa toma un pisco-labis. "¿Quién será esa?" Su cara no le es desconocida. La mujer le mira también y se le insinúa. Felipe pregunta a la camarera y se entera de que se trata de la GARDENIA, la bailaora gitana que alborota en el CAFÉ CANTANTE de la Magdalena. Surge en el cerebro del muchacho la comparación con la Mari Pepa. - "¿Y si yo la diese celos con ésta?" Felipe sonríe ante el atrevido pensamiento. La GARDENIA, que le observa, sonríe ante la sonrisa de él. Lo demás es fácil: Felipe pasa a ocupar un puesto ante la mesa de la bailaora. - "¿Espera usted a alguien?" - "Estaba esperando a mi mamá política". - "Pues hágase cuenta de que el su-dexpreso ha llegado ya". Y la pareja inicia el animado diálogo que puede suponerse con facilidad.

¿Qué es de Mari Pepa entre tanto? Ha ido a entregar la ropa blanca que había planchado; y regaña a su hermana, que ha dejado de ir a la Fábrica de Tabacos por no separarse de ella. - "Yo no te dejo esta tarde, ¡ea!", dice Almudena agarrándose al brazo de Mari Pepa. Andando, andando, han llegado ambas hermanas a la calle de Sevilla; y allí se encuentran de pronto con el Señor Candelas, que está en su corro taurino de costumbre. Almudena le presenta a su hermana, que aún apenas le conoce; y el antiguo picador, que se impresiona al contemplar de cerca a la muchacha, hace a su vez otras presentaciones. - "Mira, Curro, ~~www~~ qué par de maravillas para un brindis." Y volviéndose a Almudena añade: - "¿No sabéis quién es éste? El último alarido torero de Madrid: ¡el POSTURAS!" - "¿EL POSTURAS?", preguntan a la vez las dos hermanas, centrando sus miradas en un mozo pinturero... que ya estaba miran-

do a Mari Pepa. —"El POSTURAS", — insiste el Guardia; — que ya tiene así los contratos. Y el Señor Candelas une y desune los dedos de su mano derecha. —"¿Tan valiente es?", pregunta Mari Pepa. —"Tan valiente soy, — interrumpe el torero, — que llevo un rato aguantando sus ojos, y no me he caído al suelo de la impresión". Ríe Mari Pepa con su risa franca de siempre; y ríen todos los del grupo. El torero entonces se anima; y propone dar un paseo o ir adonde ellas quieran. Se ha encandilado el POSTURAS y quiere un rato de esparcimiento; pero no es Mari Pepa mujer que tan fácilmente acepte una convidada de un recién conocido, por muy famoso que sea. Ella rehusa, él insiste y dice algunos chicoleos al oído de la muchacha. Ella se echa para atrás y pugna por marcharse. Pero en aquel momento descubre de lejos a Felipe que vá con la bailaora. Felipe la ha visto desde la acera de enfrente y cruza adrede la calle, — por donde circulan los coches libremente en todas direcciones; — con toda su intención, Felipe se arrima más a la gitana y procura pasar cerca del grupo de Mari Pepa. —"¡Adiós, señor Candelas... y la compañía!" Entonces Mari Pepa, rabiosa, le espeta al torero: —"¿Y adónde ha dicho usted que vamos?" Y el POSTURAS, que no ha dejado de darse cuenta del paso de la MR GARDENIA y Felipe, le responde rápido: —"Adonde suelen ir a estas horas los ángeles del cielo". El hecho es que, mientras que la pareja de la bailaora y Felipe se pierde entre los grupos de la calle de Sevilla, vaninan en dirección contraria otras dos parejas: las formadas por Mari Pepa y el POSTURAS y por Almudena y el Señor Candelas.

¿Adonde ván a parar Felipe y la bailaora? Insensiblemente, a la calle de la Magdalena. Allí se detienen ante la puerta del Café Cantante — similar al de "Naranjeros", endonde ella tiene que actuar, como todos los días. Entran en el Café, produciendo la presencia de ella la natural curiosidad; cosa que halaga a Felipe. Se sientan ante una mesa; beben y ríen. Llega un momento en que él se queda solo, porque la GARDENIA ha de tomar parte en la juerga flamenca que se avecina. Felipe sigue bebiendo. En el tablado se desarrolla, con un baile y cante, una gran juerga, que puede ser la apoteosis del arte fla-

menco. La GARDENIA es aplaudidísima. Felipe aplaude también; pero en el vino de su copa adivinan sus pupilas, ya turbias, las facciones de Mari Pepa. Allá lejos, junto al tablado, varios admiradores felicitan y jalean a la bailaora. Felipe sigue bebiendo.

No es Café Cantante ni mucho menos el sitio el sitio adonde han ido a parar las hermanas, el "mataor" y el antiguo picador de toros. Es un modesto reservado de VILLA ROSA (o establecimiento parecido). Al POSTURAS le molesta ya la compañía de Almudena, y pide al Señor Candelas su colaboración para que la aleje de allí. Se producen graciosas incidencias basadas en la sosera de la muchacha, que parece atornillada en su silla: ella no come de nada, ella no bebe... Candelas no sabe qué hacer para sacar a la niña del reservado. Pero, de pronto, tiene una inspiración: se acuerda de que, como Jefe de la claque de un teatro, lleva en los bolsillos pitos de todas clases, (puesto que la claque, tanto servía para salvar como para hundir las obras nuevas); se marcha entonces de la habitación y saca uno de aquellos pitos con forma de tejerinos y con sonido de llanto de niño. El resultado es inmediato: la ingénua Almudena cree que fuera hay un bebé que llora; y, como el lamento es enternecedor, sale en busca del infante. Naturalmente, encuentra sólo al taimado explicador, que, ocultándose rápidamente el pito, le dice que el ~~WWWWWW~~ llanto ha sonado por la calle. Salen los dos al aire libre; buscan inutilmente... Y, mientras tanto, se produce ~~WW~~ en el reservado el intento de conquista del POSTURAS, totalmente fallado porque Mari Pepa, dándose perfecta cuenta de su situación, elude graciosamente los torpes intentos de abuso del torero, y escapa de allí, dejándolo plantado ante el camarero que providencialmente había llegado con viandas y botellas. Escapa Mari Pepa a la calle; y pronto, a favor de su paso ligerísimo, se pierde por las estrechas calles que bajan desde la de ~~WWWWWW~~ Atocha. Es noche de luna y las viejas casas madrileñas proyectan sus sombras ~~WWWW~~ en la azulada claridad de los pavimentos. Cuando, ya en los Barrios Bajos, se considera segura, -segura de no ser perseguida,- Mari Pepa se detiene bruscamente. ¿Adónde vá

ella? ¿Y su hermana? ¿Cómo ha podido ella olvidarse de su hermana? Estará, sin duda, con el Señor Candelas que, como Guardia Municipal, es una garantía y, como hombre, es una ruina. Pero, de todos modos, ella debe buscar a Almudena. ¿Quién dijo miedo? Echa de nuevo a andar en dirección contraria a la que llevaba. ¿Qué es aquella sombra? No. Es un sereno que duerme, apoyado en el quicio de un portal. ¿Qué es aquel ruido? Tampoco. Es el chorro de agua de una fuente, que alegra el jardincillo de una semi plazoleta. ¿Qué es aquella otra sombra que avanza lentamente con tímidas vacilaciones? ¿A ver?... "¡Madre mía de mi alma! ¡Ese es Felipe! Pero, ¿adónde vá y cómo viene?" Mari Pepa se oculta en el quicio de otro portal y deja pasar a Felipe, que, si no está borracho, le falta poco. A Mari Pepa se le llena el alma de angustia viendo en tal situación al hombre que, indudablemente, adora. — "¡Y HAY ha sido por mi culpa!", murmura para sí. Felipe sigue caminando entre brumas. Ahora se ha detenido.... ¿Por qué se ha detenido Felipe? Por que ha escuchado muy bajito, muy quedo, su propio nombre: — "Felipe..." ¿Ha sido una súplica, un susurro, una llamada? — "¡Felipe!.." Continúa él la marcha; Mari Pepa vá tras él, sin atreverse a plantársele de frente; pero quiere retenerle con la voz: — "Felipe..." Vuelve ~~él~~ él entonces la cabeza, la mira, se yergue ella ~~arrogante~~ arrogante, vacila él y tiene que apartarse las brumas de los ojos. Y un vigoroso abrazo, inesperado y sin preparar, pero con la justificación del sentimiento arrollador que los atrae, une a los dos jóvenes bajo la luz de la luna madrileña. — "¿Me perdonas?" — "Perdóname tú." En seguida se sobrepone en ella otro sentimiento: la conmiseración. — "Pero, ¿cómo vas, hombre? ¿No te dá vergüenza?" Felipe confiesa que se siente mareado: ha bebido más de lo que acostumbra. Mari Pepa vá a la fuente del jardincillo; empapa en agua su pañuelo y refresca con él la frente del muchacho. Vuelve a sonar a lo lejos el llanto del niño. Es Almudena, que viene hacia casa tocando el pito que, por lo visto, le regaló el Señor Candelas al explicarle el candoroso engaño, — la inocente broma, — de que había sido objeto. Ha de ser lo que falta de esta escena muy rápido: después del per-

dón de antes, la reconciliación alegre de ahora. Y los tres se encaminan a la casa de la calle del Tribulete.

Cambio de decoración. A los pocos días, ante una mesa del Café de San Isidro, la GARDENIA discute con el POSTURAS. Eran ellos antiguos amantes, y también han jugado a darse celos y cambiarse desdenes. Al pronto parecen tranquilos; pero en seguida surge la discusión. Reproches, inculpaciones: en una palabra, celos. —"¿Y porqué te fuiste con ella?" —"Porque te ví con él." —"A mí me había dado lástima el muchacho." —"A mí me acompañaban la hermana pequeña y aquel señor." —"¿El Guardia?" El Señor Candelas, al sentirse aludido, dice desde su mesa de siempre: —"¡Servidor!" El torero extrae entonces de su cartera unas localidades de la Plaza de Toros de Madrid y se las alarga al Señor Candelas: —"Aquí las tiene usté. Para el domingo." El señor Eusebio, que es el Camarero de turno, se las lleva al Guardia. Este dice a POSTURAS: —"¡Suerte!" Eusebio pregunta: —"¿De Murube?" —"De Concha y Sierra." Otras dos localidades ha sacado el torero de su cartera, y se las ofrece a la bailaora: —"Toma: las tuyas." Ella, de un manotazo, se las rechaza: —"Te las metes endonde te quepan." (Los papelitos revolando han ido a caer al suelo, de donde, por lo pronto, nadie los recoge). A partir de este instante, se reproduce la bronca entre estos amantes que, más en basto y más en violento, han de ser un paralelo de nuestros protagonistas. La bronca vá en "crescendo" hasta llegar a un rompimiento. El Señor Candelas y Eusebio han intentado, cómicamente, calmar o separar a ambos amantes; pero, como siempre se llevan la peor parte, los dejan por imposible. —"¡Ahí te quedas para siempre!", fulmina, muy sofocada, la GARDENIA. —"¡Mejor hubiera sido no haberte visto nunca!", repone jacarandoso el "mataor". Y mientras que ella se vá del Café muy alborotada, él, filosófico, recoge las localidades de los Toros, que quedaron por el suelo, y se las entrega al siempre adulator Eusebio, el camarero.

Volvemos a ver el interior de la Platería del Señor Joaquín. El maestro

trabaja en su oficio y despide, servicial, a dos SEÑORONAS que pretenden venderle unas alhajas antiguas. —"Yo no me dedico a ésto", dice. Ellas sin embargo insisten. —"Pero, ¿cuánto daría usté?" —Ya les digo: vayan a una casa de empeño." Las Señoras dudan. La puerta de la tienda se ha abierto y ha entrado la bailaora. Viene en busca de Felipe, pero busca un pretexto que disimule su propósito. —"Usted dirá", indica el maestro platero a la recién llegada. —"No; yo deseaba ver algunas joyitas para un regalo." ¿Para qué quieren más las Señoras?: la bailaora ha llegado para ellas como agua de mayo. Le ofrecen inmediatamente sus alhajas; y la GARDENIA, distraída, apenas si fija la atención ni en las Señoras ni en sus joyas. Por la puerta que dá al taller interior consigue la gitana, cuando aquélla se abre, atisbar a Felipe sentado ante su mesa de trabajo. Entonces, contenta, decide apiadarse de las Señoronas, y les compra un vistoso broche, ante la estupefacción del Señor Joaquín. Luego se vá... a la acera de enfrente, en espera de la salida del muchacho. Las Señoras también salen^y saludan muy agradecidas a su providencial compradora; y el Señor Joaquín no se explica nada de lo que ha pasado ante sus narices.

Otra vez el Café de San Isidro. —"Se ha creído la GARDENIA que a mí con desplantes se me apabulla. Si no me dán frío ni calor los cuernos de un Miura, ¿me^{me} van a asustar los celos de ella?" Todavía el POSTURAS charla con el Señor Candelas y otros contertulios, y con el propio Eusebio. Luego, acompañado de éste, que ha terminado su trabajo, sale a la calle de Toledo. Siempre acompañado por Eusebio, se dirige a la calle del Tribulete. En el camino, le pide prestadas mil pesetas al Camarero. —"Necesito tener vil metálico para convidar a la Mari Pepa como se merece." Eusebio tira de cartera; y, mientras que entrega al POSTURAS el billete pedido, le dice: —"Esa mujer no es para tí. Tú la buscas solamente para vengarte de la otra. Y la Mari Pepa es rosa de otro rosal." —"¿También a usté le gusta?" —"¡Un porción!" —"Pues déjeme que yo satisfaga un capricho de amor propio y yo le dejo luego el camino libre." —"Lo mío es muy difícil: entre la parienta, que se percataría, y el Fe-

lipe, que además de amigo es vecino, tendría yo que ser equilibrista." Ya han llegado a la casa de Tribulete. El torero se dirige a ella, decidido. "¡Pero, vas a entrar?", le pregunta Eusebio. — "¡Pues no que no! Tomo escaleras arriba, la digo que estoy arrepentido, ella me perdona...y lo demás corre de mi cuenta." Ya han entrado en el patio, que está solitario. El POSTURAS añade: — "¡Usté no se preocupe por nada!" Comienza a subir la escalera. — "¡Oye! ¡Oye!", le dice entonces Eusebio a media voz: — "Me preocupo por las mil del ala: que no me has dado recibo ni nada." — "Se lo hago a usté mañana en el Café. ¿Hace?" Después de pensarlo, responde Eusebio: — "Conforme... Lo extiende por...mil quinientas?" — "¡Tío abusón! Por mil doscientas, a cobrar después de la Corrida." — "Sabes lo que te digo? Que otra vez no me pillas de primo." El torero sube rápidamente, y Eusebio se queda observando desde cerca de la puerta de su cuarto, en la planta baja. Llega el POSTURAS ante la habitación de Mari Pepa. Llama con los nudillos, y nadie responde. Vuelve a llamar, y vemos, en el interior del cuarto, a Almudena, que observa con mucho cuidado por la mirilla de la puerta. — "Es el torero", dice misteriosamente a su hermana. — "¡No le abras!" exclama enérgica Mari Pepa. Con tozudez y paciencia el POSTURAS sigue llamando con los nudillos y sigue obteniendo la llamada por respuesta.

Por la calle baja Felipe solo. (Convienes que se haya visto antes cómo, cuando salió de la Platería, fué abordado por la GARDENIA y cómo, con una excusa respetuosa, la dejó plantada en plena calle). El POSTURAS, ante la puerta de Mari Pepa, se harta de hacer llamadas, y se decide, al fin, a marcharse. Vuelve a recorrer la galería y baja pausadamente la escalera. Cuando llega al patio coincide con Felipe, que vuelve a su casa. Los dos hombres, al cruzarse, se miran un momento y se miden de arriba a bajo. El torero sabe muy bien quién es Felipe; pero éste no tiene, de pronto, la seguridad de que ese tipo sea el que conversaba con las dos hermanas en la calle de Sevilla. Pero, en cuanto el POSTURAS desaparece, Felipe ve claro y adivina que el matador ha bajado de casa de su novia. — "¡Ah, perra!", exclama irritado, concen-

trando en ella toda su indignación. Es ahora Felipe y el que se dispone a subir para pedir explicaciones a Mari Pepa; pero un brazo amigo le detiene: el de Eusebio, que sale oportunamente entre las sombras. — "¿Adonde vés, insensato?" — "¡A dar una lección a ésa!" — "Esa acaba de darte una prueba concluyente de su cariño y de su fidelidad." Entonces Eusebio explica cómo el torero ha tenido que irse sin que le reciban y cómo ^{al} POSTURAS no le guiaba más que el deseo de vengarse una vez más de la GARDENIA. — "Vuelve, vuelve a tu cuarto tranquilo; que ese niño postinero no volverá por aquí." Y agrega: — "Además, ya tiene bastante con sus líos y sus roñoserías." Y el "pobre" Eusebio, con alma de usurero, se lleva la mano melancólico y desconfiado a la cartera de donde salieron sus mil pesetas. Felipe, convencido, entra en su cuarto. Allí, mientras que se vá poniendo sus ropas de trabajo, sonríe, se mira al espejo y se arregla el peinado. — "Lo que es un buen amigo con oportunidad! He podido tirar ahora por tierra toda la felicidad que volvía a entrármeme por las puertas." — Y Mari Pepa, en su cuarto, junto a su hermana, sonríe también: — "¡Lo que ensancha el alma portarse como es debido!" Al mudena continúa su pensamiento: — "O, lo que es igual: ¡cómo le gusta a una que la quieran!" — "Pero ese hombre ha muerto para mí." — "¿Quién? ¿El Felipe?" — "Mujer!... El torero que en mala hora nos presentó el Señor Candelas!" Al mudena se recome todavía de la impaciencia y el temor: — "¿Quieres que mire si se ha marchado ya?" — "¡No! Que es capaz de una mala faena!"

Para celebrar su reconciliación y su nueva época de relaciones, a Felipe se le ocurre invitar a Mari Pepa a la "Kermesse" que acaba de inaugurarse en el barrio. Y para que sean testigos de esa reconciliación, y no haya en el patio la menor sombra de dudas, el muchacho, rumboso, extiende la invitación a los principales vecinos de la casa. Todo ésto se lo dice Felipe, en la mañana de otro día, al pícaro Chupitos, entregándole al propio tiempo un papel para su novia. "Primero iremos, — le escribe, — a comer con tu hermana, y luego a la "Kermesse"; que ya me pide el cuerpo baile y alegría."

Ya se preparan todos para la "Kermesse". En cada cuarto, sus respectivos

ocupantes procuran esmerarse en su atuendo. Mas, sin duda alguna, son Felipe y Mari Pepa los que más cuidan sus arreglos: quieren gustarse mutuamente. Felipe, sentado en una silla, termina de ponerse unas pintureras botas de caña, que mira y remira satisfecho. Se pone de pie, se quita la camisa que llevaba y se peina cuidadosamente el peinado, perfilándose las "persianas". Llamán a la puerta. Es Chupitos. — "¿Qué te parece?" le dice Felipe al chico, mostrándose ante él con el pantalón de talle puesto y con las botas recién estrenadas. — "¡Fenómeno!" — "Y ahora, la pechera bordada, el pañuelito y la chaqueta de pana. ¿Qué te parece?" Ha ido señalando las distintas prendas que tiene extendidas sobre su cama. — "Me parece, — dice Chupitos, — que falta una cosa." — "¿Cual?" — "La gorrilla de seda." — "Tengo ésa." Pero el chico niega. — "No. Tienes la que me ha entregado la Mari Pepa para tí. ¡Toma!" Y le entrega un envoltorio, del que Felipe saca una típica gorrilla. Felipe se apresura a ponérsela y a mirarse al espejo. Sonríe feliz. — "¿Te la ha dado ella?" — "Ella. Que quiere que luzcas en la "Kermesse" lo tuyo." — "Pues espera un poco; que me ha dado el ejemplo la Mari Pepa." Y, todavía sin terminar de arreglarse, sale al taller de platería, de la habitación contigua, y comienza a buscar en sus armaritos.

Veamos lo que en tanto pasa en el cuarto de Mari Pepa. La pequeña Almudena ya está arreglada: está hecha la pobre un adefesio, a fuerza de querer emperregilarse, pero ríe satisfecha y sosona. Mari Pepa tiene puestas ya sus botas altas menuditas, y una enagua bordada que acaba de plancharse. Sobre ella se pone una falda de céfiro que en ese momento estrena. — "¡Ay, cómo está de guapa mi hermana!", exclama admirativa Almudena. Después Mari Pepa se coloca su blusa. — "Trae esas rosas, — dice señalando unas, rosas y blancas, que hay en una jarra. — "Estas me las pongo formando un manojo. ¡Así!" Almudena toma de una silla un pañolón con media vara de flecos. — "¿Y este pañuelo?" — "¡Déjalo para el final!" Suenan en la puerta unos golpes discretos. Almudena abre y surge Chupitos. — "¡Lo que le ha gustado la gorrilla!" — "¡Bendito sea Dios!" — "Pero, ¡anda!, que el platero no se ha quedado

atrás." Y, sacando otro envoltorio de papel de seda, se lo dá a Mari Pepa. —"Que se ponga usté estas arracadas a su salud." —"¡Se ha vuelto loco! ¡Si son de oro!" —"¡De oro fino! Como su corazón." Y Mari Pepa se pone las arracadas y se mira al espejo. —"¡Y cómo me ~~WWW~~ caen! Dile que voy ahora mismo" El chico se vá corriendo. Entonces Mari Pepa, dándole al acto toda su importancia, exclama: —"Ahora, ¡los claveles dobles, en todo lo alto!" Y se planta, entre las ondas del rizado cabello, los dos claveles más bonitos que ha encontrado. Su hermana la ayuda a ponerse el pañuelo de crespón; y ambas salen al corredor y bajan al patio, donde ya las esperan Felipe y otros vecinos de la casa. Felipe la mira a ella, y aprueba complacido; Mari Pepa le mira a él, y aprueba sonriendo. Y los dos, felices, seguidos por Almudena y Chupitos, se encaminan a la "Kermesse".

¡Qué contentos van los novios camino de la "Kermesse" del barrio! —"¡Aquí vá la flor y nata de las mujeres hermosas!" exclama él, reventando de satisfacción. —"¡Aquí vá lo más acabado de los hombres cabales y juiciosos!", dice ella radiante de ventura. Y en plena calle, haciendo caso omiso de que ~~WWW~~ alguien pueda verle, Felipe se detiene, se separa dos pasos para contemplar a su tormento; y, dándose con un dedo en la visera de la gorriila y poniéndose luego graciosamente en jarras, le espeta a la Mari Pepa: —"¡Gloria pura de Madrid y su antesala, que es el cielo: ¡viva la hembra que te dió la harina láctea!" Ríe ella, — con su eterna risa cascabelera, — vuelven a cogerse del brazo y, siempre seguidos por Almudena y ^{Chupitos} ~~Chupitos~~, que presenciaron la escena de lejos, siguen hacia la "Kermesse".

La "Kermesse" del barrio. Ha sido instalada, como otras veces, en un amplio solar, que aparece adornado con profusión de cadenetas de papeles de colores, farolillos a la veneciana y tiestos con flores. Por aquí y por allá, puestos con refrescos y chucherías. Y toda la gama de aquellas fiestas, prendidas siempre por la ~~WWW~~ música popular. En un extremo del solar, una murga con honores de banda anima con sus sonos la reunión. En otro extremo, un organillo ~~WWW~~ alterna con aquélla y acompaña también los bailes. La fiesta

se halla ya en todo su apogeo. Allí se encuentran bebiendo y ~~VOMANDO~~ tomando ^{patio} "lo que se terció" todos los vecinos del ~~BARRIO~~ de Tribulete y otros muchos tipos de ambos sexos del barrio. Todos, adornados para la fiesta, se conocen más o menos y se saludan efusivamente. En un grupo charlan Mari Pepa, su hermana, sus vecinas y sus respectivas parejas. (Desde luego, no están ni la ~~baillera~~ bailaora ni el torero ~~ni~~ otras personas que sean ajenas al barrio) El señor Candelas colabora con los organizadores de la fiesta para el buen orden y brillantez de ésta. La banda de música inicia unas guajiras, que son acogidas con aplausos en espera de que alguien salga a bailarlas. Pero nadie se decide. Surgen, entre las vecinas que la conocen, voces pidiendo que Mari Pepa muestre sus ^{Fila} gracias. ~~WVVV~~ se resiste; pero es el propio Felipe quien la anima, deseoso de complacer a sus amigos. Al fin, Mari Pepa baila y canta entre el jolgorio y la satisfacción generales. A la banda de música sucede el organillo; y se inicia el baile agarrado por parejas. Todas se lanzan a bailar: Encarna con Eusebio; Soledad con Isidoro, la Señora Paloma con Ricardo, Almudena con Chupitos y, entre otros muchos, Mari Pepa con Felipe. Gira el manubrio, accionado por un organillero un poco malabarista; y giran todas las parejas al compás de la música típica. Cuando llevan bailando un poco de tiempo, Eusebio, - en virtud de una costumbre, - abandona a la Encarna y, acercándose a la pareja de Mari Pepa y Felipe, se interpone entre los dos y dice muy ceremoniosamente: - "Ahora me toca a mí." Felipe se detiene perplejo, pero cede la pareja y cae en brazos de la Señora Paloma, (porque en todas ~~VA~~ las parejas ha habido cambio de acompañantes). Felipe espera ~~WVVVVVV~~ impaciente a la próxima ocasión para reunirse de nuevo con Mari Pepa; pero resulta que ahora es Isidoro el que, con la frase "¡Ahora me toca a mí!", se beneficia de la compañía de la planchadora; y a él le sucede el sastre Ricardo, y a Ricardo... ¡Alto ahí! Si no hubiese habido más que el cambio sucesivo de parejas, todavía Felipe, - yendo también de una a otra señora, - habría soportado los nuevos celos que le iban invadiendo; pero es que los bailarines masculinos, en cuanto se hallaban en la proximidad de Mari Pepa, se so-

brepasaban en sus efusiones carísimas, y las manos no se apoyaban en donde aconseja la honestidad, y los rostros se acercaban al de la pareja más de lo debido. Esto Felipe no ha podido aguantarlo sin sorpresa y, sobre todo, sin una protesta visiblemente acusada durante el baile y vivamente manifestada cuanto éste termina. Felipe, (ya salió otra vez el impulsivo Felipe!), se encara con todos los hombres que han bailado con Mari Pepa y los apostrofa, llamándoles vagos, chules y sinvergüenzas. Reconoce que la Mari Pepa no ha tenido culpa de nada, ha sido la verdadera víctima y se ha defendido bravamente contra los impúdicos ataques de sus parejas; y agraga a gritos que él está dispuesto a entenderse con quien sea; y como el cochero Isidoro le hace cara, quiere lanzarse sobre éste; cosa que impide, de momento, Soledad, la novia de Isidoro, que no tiene inconveniente en proclamar como culpable a Mari Pepa, cuyo atavío y cuyos modales han excitado e incitado a los hombres. Vuelve a sulfurarse Felipe y se sulfura también Mari Pepa por la injusticia de la inculpación de que es objeto, interviniendo entonces para poner paz, como autoridad, el Señor Candelas; el cual hace este favor a Felipe, a pesar, - y así se lo expresa, - "a pesar de que era el único de la casa del Tribulete que no había sido invitado por el mozo; cosa que, mayormente, le había tenido sin cuidado." Es digna de observación la circunstancia de que, al tranquilizarse los ánimos y seguir la fiesta, las mujeres han rodeado a Felipe para aconsejarle que se deje de penar por quien no lo merece, y los hombres han rodeado a Mari Pepa para pedirle sus excusas y preguntarle si ha sido uno u otro el que se ha extralimitado con ella.

El hecho es que, cuando al día siguiente, en el Café de San Isidro, el Señor Candelas refiere muy divertido al POSTURAS las incidencias de la noche anterior, el torero se exponja y pavonea, y exclama: -"Me alegro. Ese pollo es un sentimental que, en cuanto a mujerieo, no sabe cómo se tocan esas teclas." Pero el POSTURAS para lo que ha llamado al Guardia y lo ha citado en el Café es para contarle el apuro en que se encuentra como consecuencia de la enfermedad de uno de sus picadores, para la próxima Corrida del domingo.

El dice que cuenta con la petición de muchos aspirantes, pero ninguno le ofrece la garantía del enfermo. —"Solamente uno: usted." —"Pero, ¡si yo me retiré para "in seculum"! Ya voy para viejo..." Al expicador, en el fondo, le ha hecho tilín la propuesta del POSTURAS; sobre todo cuando el torero la acompaña con una buena oferta de dinero y le propone que esa corrida sea la de verdadera despedida. El Señor Candelas se vá entusiasmando poco a poco, y únicamente confiesa que tiene algo de respeto a los toros. —"Mira que ya no estoy para bromas!" Pero el torero termina por convencerle definitivamente y le regala entonces una porción de localidades para que las distribuya entre sus amistades. Un enérgico apretón de manos pone fin a la escena. El Señor Candelas se ensaya sobre una silla, montado a caballo sobre ella. Y los que le ven, ríen.

Vemos luego en el patio que él administra al propio Señor Candelas, con Chupitos de auxiliar, distribuyendo sus localidades. Se hallan presentes algunas personas más; entre ellas, Soledad. —"Toma,— le dice el Guardia a Chupitos.— Estas son gradas para las de arriba; y éstas son barreras para los de abajo. ¡Buena! Tú distribuyes a tu antojo, procurando dejarme bien. La cosa es que todos mis amigos asistan a mi despedida de picador". Y, alargando a Soledad otras entradas, añade: —"Y éstas para tí; para que vayas con tu hombre." Soledad pone cara de pocas bromas y repone: —"Yo no voy con Isidoro ni a la corrida, ni al Altar, ni a ninguna parte." —"¡Oye! Has reñido con él?" —"Con ese no hay mujer que ríña; pero esa maldita revoltosa de arriba le ha sorbido el seso, ¡y conmigo no juega!" No vió usted cómo se enfrenataba la otra noche con Felipe? ¡Con un hombre que, al fin y al cabo, es lo que debe ser un hombre!" Sonríe filosófico el Señor Candelas y, por toda contestación, le dice: —"Te doy dos gradas para que vayas a los Toros con Felipe?" —"¡Libreme Dios! Pues, ¿para qué queríamos más?"

La Corrida de Toros en la plaza de Madrid. Vistosidad y animación en barreras, tendidos y gradas. Aquí y allá vemos personajes conocidos. Hay unas barreras vacías, que lentamente se ván ocupando. En el patio de Caballos,

el Señor Candelas, vestido de picador, no disimula su miedo; pero más pánico demuestra el pequeño Chupitos, a quien han convencido para que salga de monesabio. El POSTURAS, con traje de luces, y otros matadores se retratan ante unos fotografías "de la primera época". Entre el público vamos viendo caras conocidas: en una barrera la bailaora y una amiga; en otras, las parejas del patio. Cuando la corrida comienza aún permanecen vacías tres barreras. Al fin, las ocupan Almudena, Mari Pepa y Felipe. Se suceden, rápidos, algunos lances de la fiesta taurina. El POSTURAS es muy aplaudido. Cuando le llega el momento de ofrecer su capote de paseo, se dirige a la barrera de la GARDENIA y quiere entregárselo. Ella lo rechaza y le vuelve la cara. El torero se encoragina, guarda su capote, mira al público y descubre entre la muchedumbre a Mari Pepa y su hermana. Entonces se sonríe, vengativo. Hay en el ruedo unas intervenciones grotescas del Señor Candelas, que ha perdido sus papeles de picador, y salva el pellejo gracias a los quites de los matadores. Cuando llega el turno de matar al POSTURAS, éste, muy decidido, se vá a la barrera de Mari Pepa y le brinda la muerte de su toro. Mari Pepa se enroja y no sabe qué hacer. Felipe se sorprende ante la audacia del torero y pugna por arrojarle a la plaza. El POSTURAS mata, — como convenga, — a su enemigo (el toro); y, cuando vuelve a recoger su montera, se encuentra con que las gradas de las hermanas y de Felipe se han quedado vacías y con que el público de alrededor comenta burlescamente lo ocurrido. En el segundo toro del POSTURAS puede haber una cogida leve del matador y una escena, ante la puerta de la Enfermería, a cargo de la GARDENIA, deshecha en lágrimas. Ella se culpa de la cogida y pide que la dejen entrar a ver al torero.

Salen de la plaza, cuando vá mediada la corrida, las dos hermanas y Felipe. Callados los tres; muy callados. Mari Pepa y Felipe, cavilosos; Almudena, sin atreverse a decir una sola palabra: totalmente asustadita. Pronto encuentran la "manuela" que les llevó a la Plaza; la conocen por el auriga viejo, que les pregunta por el festejo, obteniendo muy lacónicas contestaciones. Suben las dos mujeres al coche; pero Mari Pepa, al darse cuenta de que

él se queda quieto, le suplica que suba. —"No. Yo iré luego. Ahora tengo que hacer" Mari Pepa, asustada, intenta bajar de la "manuela" —"¡Quieta ahí!", dice él, enérgico. Y luego, suavizando el tono: —"Es que quiero que me dé el fresco, ¿sabes?" Ella asiente, sumisa. Felipe ordena rápido al auriga: —"¡Tira para casa!" —"Pero, ¿de verdad, de verdad?", pregunta incrédulo el anciano del pescante. —"No te lo mando yo? ¡Arrea, cochero!" El coche desaparece llevando a la preocupada Mari Pepa, que no se ha atrevido a desobedecer a Felipe. Este, entonces, se sube a otra "manuela", en cuyo pescante se halla el joven Isidoro; el semblante del cual se demuda al darse cuenta de quién ha subido a su coche. —"¡Anda, pero si es Felipe!" Reacciona como puede y, con cierta guasa, ~~espeta~~ le espeta: —"Yo no puedo llevarle a usté, caballero." —"Puede saberse la causa?" —"Que tengo un dolor de hígado que me aconseja hacer lo que me dá la gana. Y a mí ^{no} me dá la gana de llevarle." Tiene Felipe que hacer un esfuerzo para dominarse y no tirar los pies por alto. —"Pues, como yo soy un ciudadano y tú un cochero del servicio público, me llevas a donde se me antoja y en paz." Que sí. Que no. Se arma la discusión consiguiente; y Felipe opta por llamar a un Guardia Municipal, que escucha brevisimamente y dá al viajero la razón. Nueva discusión de Isidoro con el Guardia. Y todo se resuelve subiendo el Municipal al pescante sentándose al lado de Isidoro y preguntando a Felipe adónde vá. Felipe entonces, con cara de muy pocos amigos y airada voz, ordena: —"¡Al Viaducto!" Rostros expresivos de los del pescante y salida de la "manuela" al trote de su caballejo.

Aquel día, a la caída de la tarde, todo es confusión en el patio de la calle del Tribulete. Todo el mundo ha vuelto de la Corrida: el POSTURAS estuvo hecho un desastre; el Señor Candelas no pudo seguir al segundo toro, porque no se sostenía en el jamelgo; y Chupitos resultó el héroe de la ~~tarde~~ tarde ~~polc~~olcando a un toro que iba a cornear a un torero. Unos felicitan a Chupitos, otros se ríen de los apuros de Candelas y todos comentan el feo que

ha hecho la Mari Pepa al POSTURAS, marchándose de la barrera, después de la finura de él de brindarle un toro. —"No sé qué se ha figurado ésa!", opina desdichosa la Señora Paloma.

¿Y las dos hermanas, dónde están? En su cuarto: las dos, sentadas en sus camas, — ya con trajes de casa, — no saben a qué atenerse. Almudena quita importancia a la actitud de Felipe. —"¡Bien claro lo dijo el chico: quería tomar el fresco, porque estaba acalorado!" —"No, Almudena; yo jamás le he visto así de concentrado y pensativo. Primero, su silencio; luego, su serenidad. Aparentemente no le pasaba nada; pero, por dentro, yo sé bien toda la tormenta que llevaba. Y yo he sido inocente." Mari Pepa llora con el llanto de una mujer honrada, que ha sido víctima de que el torero quisiese dar "achares" a la GARDENIA.

Tan preocupada está Mari Pepa y tan pendiente de ella está su hermana que ninguna de ellas se da cuenta de lo que al mismo tiempo ocurre en el patio. Y es: que cuando más divertidos y malintencionados charlotean los vecinos, llega Isidoro con una "inmensa" preocupación aparente. —"¿Ha vuelto a su cuarto Felipe?" Ricardo se apresura a contestarle: —"Nadie se ha acordado de éso." —"Pues es preciso saber dónde y cuándo ha venido." La Encarna se ríe entonces de lo misterioso que viene el cochero; y Soledad, dándose las de adivina y, sobre todo, de "conocedora" de la vida, asegura que estará Felipe con Mari Pepa, haciendo una vez más, las paces. Entonces Isidoro, sentencioso, declara: —"Pues es imprescindible saber WU si está con ellas." La Señora Paloma asiente: —"Tú, Chupitos, completa tu tarde de ~~notable~~ notabio y acerca el oído ahí arriba, a ver si les oyes la conversación". Chupitos sube en seguida y aplica el oído a la puerta del cuarto de la planchadora. —"Sólo oigo unos suspiros." —"Eso es que le estápidiendo perdón." Niega con la cabeza Chupitos: —"No. La que suspira es la Almudena". Y la Paloma deduce: —"Eso es que quieren echarla del cuarto." Vuelve a aplicar Chupitos la oreja a la puerta. Pero ve de pronto que ésta se entreabre, y él corre hacia la escalera. —"¡Sopla! ¡Que vá a salir!" Y abajo la Señora

Paloma, "toda ingenuidad", remacha: -"No lo decía yo?" Risas, contenidas por todos al ver salir a Almudena. Entonces Chupitos se le adelanta: -"¿Qué te pasa, chica?" -"Que se ha puesto mala mi hermana." La frase medio la oyen las vecinas de abajo, y vá corriendo de boca en boca: -"¿Que se ha puesto mala!" -"¿Que se ha puesto mala!" -"¿Que se ha puesto mala!"... Ahora la propia Paloma se dirige en voz alta a Almudena: -"¿Quieres tila para hacerle una taza?" -"Pues... sí que le vendría bien." -"Yo te la llevo!" En un abrir y cerrar de ojos saca Paloma de su cuarto un papel con tila, para subírselo a Mari Pepa; y al pasar, camino de la escalera, dice a Encarna en un aparte: -"Así compruebo si están solas!" Sube la Señora Paloma; y ahora es Soledad la que pregunta a Isidoro la razón de sus misterios. "Yo lo único que quiero saber," dice el interpelado, - es si Felipe ha vuelto a casa." -"Pues empieza por llamar en su cuarto." Y Soledad se dirige a llamar al cuarto de Felipe. -"No! Tú, no. Llamaré yo." Isidoro aporrea inutilmente la puerta de Felipe. Paloma regresa del cuarto de Mari Pepa. -"Hija," dice bastante contenta, - ¡vaya un disgusto que se ha llevado!" Y, volviéndose a Encarna, añade: -"Están solas; lo siento." -"Luego quiere decirse," puntualiza Isidoro, - que Felipe no ha vuelto. Por lo tanto, yo digo debemos todos rezar por él." Un grito agudo de Almudena, que cae desmayada en la galería.

A continuación, ante la expectación de los de abajo, - puesto que Almudena se desmayó y Mari Pepa no se ha enterado de nada, - cuenta Isidoro cómo llevó a Felipe, por su orden, hasta el Vialto y cómo lo dejó allí después de cobrarle el servicio. Consternación general; elogios póstumos... Irritación en algunas mujeres contra Mari Pepa, - "¡contra esa lagarta!", - que ha sido la culpable, según ellas, de todo. Y salida de varios hombres, - Ricardo, Rubio y Chupitos, - hacia la calle de Segovia para comprobar si ya se ha consumado la esperada tragedia.

En el corredor, la apocada Almudena ha recobrado ella sola el conocimiento, - puesto que nadie se ha preocupado por ella, - y entra en su cuarto, donde su hermana, acostada, se ha quedado dormida. La arropa, la cuida, ~~lleva~~

la boca...Y se queda petrificada cuando ve que se abre la puerta y entra, sin previo aviso, el taimado Isidoro, que viene a ponerle los puntos a Mari Pepa, antes de que surjan otros que aspiren a heredar al "difunto" Felipe. Naturalmente, al encontrársela dormida, no se atreve a descubrir sus intenciones. Pero ver la belleza plástica de Mari Pepa, sossegadamente dormida, produce en el cochero una inexplicable impresión. No obstante, dá a entender a Almudena que ha subido por ella. La chica, ansiosa de novio, se emociona ingenuamente con las insinuaciones del cochero. Le dice que está medio comprometida con chupitos, pero que lo pensará. Ella ahora tiene toda su preocupación puesta en la desaparición de Felipe y promete a Isidoro recibirle y escucharle en cuanto sepa a qué atenerse. Por lo pronto, ruega que dejen dormir esta noche a Mari Pepa...y ya veremos mañana!

Como es lógico, cuando Isidoro baja la escalera se encuentra abajo con la celosa Soledad, que no se cree las disculpas de él. Pero ya han vuelto los que fueron a la calle de Segovia, bajo el Viaducto. No han visto nada; no han encontrado a nadie. En las Comisarias tampoco saben una palabra. ¡A Felipe se lo ha tragado la tierra! En sucesivas imágenes observamos que la preocupación por Felipe es la única obsesión de Mari Pepa. Ella y su hermana se lanzan todos los días a la calle de Segovia en busca del hombre desaparecido. Cuando Almudena vá a su trabajo, en la Fábrica de Tabacos, todo se le vuelve mirar a cuantos jóvenes se asemejan a Felipe. En el interior de la Fábrica, las compañeras, burlescamente, le preguntan en cuanto la ven: "¿Ha aparecido ya el niño?" Y Felipe no aparece por ninguna parte. Un día, Isidoro quiere acompañar a las hermanas para intentar una nueva búsqueda del muchacho. Ellas acceden...y los tres se encuentran con Soledad, que se lleva a su novio a empellones.

Pero el hecho es que el joven platero now ha vuelto por su casa, -ni para dormir!, - ni por la Platería para trabajar. El mismo Señor Candelas, enterado de lo que sucede, está preocupado; y así se lo dice al Señor Joaquín en la Platería de los soportales. El señor Joaquín sonríe: Felipe está allí, con

él; y no saldrá de la Platería por nada ni por nadie. El Señor Joaquín paga a Candelas, como Administrador de la finca, el recibo último por el alquiler del cuarto de Felipe; pero ¡que nadie intente hacer salir de allí al muchacho, porque éste sería capaz entonces de cometer un desaguisado. Para el Señor Candelas nunca ha sido Felipe santo de su devoción, — ¡él lo sabe!, — pero le dá mucha rabia ver a una muchacha, tan buena y tan enamorada, consumiéndose de angustia ante la falta de noticias del hombre que adora. ¿Cómo podrían arreglar entre ellos dos solos, — sin que nadie supiese ni una sola palabra de nada, — un nuevo encuentro de los dos amantes? — Felipe, — dice el Señor Joaquín, — ni vuelve por Tribulete, ni ~~vá~~ acude a ninguna cita de Mari Pepa. ¡Eso, descontentado! Ahora bien: yo puedo convencerle de que se venga conmigo, — ¡conmigo solo!, — por ejemplo, a la Verbena que para festejar el cumpleaños del Rey Niño ha organizado el Municipio en la Plaza de ~~Ortigueira~~ Oriente. Se vá a descolgar todo Madrid: dos Bandas de Música, treinta y dos organillos, toda clase de norias y de tíos vivos. — "Si yo me paseo con Felipe entre el bullicio, y buenamente ha llevado usté a la Mari Pepa, y buenamente se ven y quieren hablarse, éso ya no es cuenta nuestra!" El Señor Candelas, no convencido del todo, interroga todavía: — "Pero usté conseguiría llevarle al festejo?" — ¡Hombre! Yo ~~puedo~~ puedo pedirle que me acompañe a dar una vuelta. Sabe que vivo solo; sabe que le estimo y que le quiero... Más difícil es la papaleta de usté". — A mí, en no teniendo que picar, todas las papaletas ya me parecen fáciles."

La Plaza de Oriente de Madrid, por la noche, en plena verbena. Grandioso aspecto de la Plaza más bella de la capital española, situada entre el Teatro Real, tal y como se hallaba su fachada a fines del siglo XIX, y el Real Palacio. En el centro, la famosa estatua ecuestre de Felipe IV; y, rodeando la Plaza, las populares estatuas de piedra de los Reyes de España. Frondosos árboles, que de día dán sombra apetecible, muestran en esta noche de luna los orientales adornos de sus guirnaldas formadas por bombillas de colores. En los espacios libres del arbolado, han sido instalados columpios, norias,

puestos de tiro al blanco, ruedas de "tíos vivás" y cuanto una clásica verbena de aquel tiempo puede requerir. Estratégicamente colocados, muchos organillos (pianos de manubrio) lanzan al aire las alegres notas de sus músicas populares. En un extremo, — allá por la confluencia de las calles de San Quintín y Bailén, — se ha colocado la Banda del Colegio de la Paloma, antecesora de la Municipal madrileña. Por entre el gentío pululan barquilleros vendiendo su mercancía con la simpatía jubilosa de su juventud.

Bailable espectacular de los barquilleros y las chulas. Después, gran bailable de los organilleros, en combinación con los bailarines anteriores. Momento coreográfico, montado a la moderna, que pueda reunir todas las esencias clásicas en un alarde de estilización.

Entre el público vemos a Almudena, acompañada por Isidoro; y, detrás, a Mari Pepa con el Señor Candelas, que, postinamente, vá vendiendo a la muchacha el favor de procurarle esta noche una grata sorpresa. — "¡Que no, Señor Candelas, que no! Que usté me ha traído aquí engañada para que me distraiga, ¡y yo no puedo quitarme de encima la angustia que me consume!" Con mucha prosopopeya el Señor Candelas le pregunta: — "¿Qué me das si te lo encuentras de repente?" A Mari Pepa se le inundan las pupilas de claridad; pero vuelve a desanimarse. — "No me gaste esas bromas, por caridad..." W— "¿Qué me das, te digo? Y, aparentemente paternal, pero un poco libidinoso, agrega: — "Por lo menos, un beso con esa boquita fresca." Mari Pepa ni le contesta: finge no haberle oído. Aprovecha, en cambio, que han llegado al pie de una gran Noria, de la que penden barquillas con asientos. — "Aquí no subía yo ni por mil duros." Pero Isidoro es de distinto parecer e invita a las hermanas a subir. Solamente acepta Almudena; y ambos, la pequeña y el joven cochero, pasan al asiento colgante que tienen ante sus ojos. Se pone la Noria en movimiento; suben y bajan los asientos colgantes; y se alejan de ^{allí} Mari Pepa y el Señor Candelas.

Surgen de repente ante la Noria Soledad y Chupitos. — ¡Ah, bandido, — grita Soledad, — ya te encontré!... ¡y con esa sardina! Ni corta ni perezosa, Soledad embarca con Chupitos en otro asiento colgante; pero como éste se halla, — en la rueda, — precisamente enfrente del que ocupan Isidoro y Almudena, todo se reduce a una serie de cómicos denuestos y reproches entre las parejas, que nunca se aproximan ni se alejan. Al fin, aprovechando que su barquilla pasa cerca del suelo, Isidoro de un salto se lanza a tierra, como si se bajara del pescante; y huye corriendo entre la gente. Almudena sigue dando vueltas, — subiendo y bajando, — sola en su barquilla. Al fin, la Noria se detiene. La barquilla de Almudena queda arriba y la de Soledad y Chupitos abajo. A Soledad le falta tiempo para salir disparada en busca de su novio; y Chupitos se desvanece entre el gentío. Almudena desde su altura descubre, allá en la plazuela cercana a la Banda de la Paloma, al siempre ~~memorable~~ ditabundo Felipe, sentado en un banco. Gran impresión en la muchacha, que se dedica ahora a buscar con la mirada a su hermana. No tarda en encontrarla, porque Mari Pepa, al verla subida sola en la barquilla de la Noria, la llama a gritos diciéndole que no se mueva hasta que el asiento colgante descienda. Pero Almudena, muy alegre, no se ocupa de sí misma; y, por señas, indica a su hermana que vaya hacia el sitio donde ella ha visto a Felipe. Obedece, impresionadísima, Mari Pepa. No tarda en llegar a la plazuela y en ver en un banco, sentado, al Señor Joaquín, que lee un periódico, y en otro al pensativo Felipe. La Banda de la Paloma ha comenzado a ^{ha} tocar la música del del dúo de LA REVOLTOSA; y sobre esa música, que de sonar más cerca o más lejos según convenga, vá desarrollándose la escena que tiene la misma situación del famoso dúo.

Ha llegado Mari Pepa sola a la plazuela. ¿Sola? Es que ha dado esquinazo al Señor Candelas. Y dicho ha quedado que el Señor Joaquín, leyendo, permanece al margen de toda acción. Solos, pues, los dos enamorados, y en la misma situación que en tal momento están en el sainete, afrontan el comienzo de este diálogo, que ha de ser forzosamente cortado y, desde luego, inte-

rrumpido a veces por exigencias ~~WUWUWUWUWUWU~~ cinematográficas.

Avanza Mari Pepa hacia Felipe; lentamente, como temiendo una reacción violenta de él, al verla. Pero ocurre todo lo contrario. Hay un momento en que Felipe levanta la cabeza, eleva la mirada y ve a Mari Pepa. Entonces sonríe: se le ha llenado de alegría el alma. Ella le corresponde sonriendo; le también con ~~W~~ indecible ternura. Se levanta él del banco y vá a Mari Pepa, tendiéndole las manos. —"Te esperaba. No sé cómo ni porqué, pero te esperaba." Ella le mira fijamente. —"Aquí me tienes, malas pulgas; que me has hecho pasar el Purgatorio creyendo que habías desaparecido de este mundo para siempre." El, por toda respuesta, comenta: —"Acaso hubiese sido mejor". Y ella, rápida: —"¡Ingrato!" Felipe es ahora el que fija sus ojos interrogantes en ella: —"¡Mirame!" "Por qué me retiras los ojos?" Y ella: —"¿Yo? ¿Eres tú el que no quieres mirarme; el que me ha huido durante todo esta Calvario..." Felipe quiere disculparse: —"¿Yo? ¡Si tú me quisieras como te quiero!" Y ella, sincera: —"¡Si sólo en tí pensaba noche y día!... ¡Ay, Felipe de mi alma!" —"¡Mari Pepa de mi vida!" Muy cerca y muy de frente, Felipe, anhelante, susurra: —"¡Mirame así!" Ella lo mismo: —"¡Mirame así!" Y cuando los rostros están muy unidos, (cuando la música del fondo, — la de la Banda, — ha ~~WUWUWUWUWUWU~~ atacado la "gran frase"), Felipe muy bajito y muy intensamente dice al oído de Mari Pepa: —"Tú sabes lo que eres para mí?: "la de los claveles dobles, la del manojo de rosas, la de la falda de céfiro y el pañuelo de crespón!" Ella no puede más: está entregada. Y con toda su alma responde, como un ~~WU~~ susurro, al oído de su adorado: —"Pues, ¿y tú, para mí tormento?: "el hombre de mis fatigas, pa mí siempre en cuerpo y alma, eres tú porque te quiero, chulo de mi corazón!". Quedan los dos abrazados, ausentes del mundo exterior. La música, con su máxima brillantez, termina el dúo, que ya los dos amantes ni cantan, ni dicen, pero intensamente expresan. Cuando el número termina, tanto Mari Pepa como Felipe se ven sorprendidos por la aparición del simpático y conmovido Señor Joaquín, que les felicita y abraza. Ellos ríen, ébrios de felicidad. —"Quisiera, — dice Feli-

pe, -que se eternizase este momento inolvidable." -"¡Hecho! ¡Se acabaron los desdenes y los celos! Esta se vá a su casa, tú te vienes a la Platería y, dentro de un mes, ¡nos vemos todos en San Cayetano! ¡Yo soy el padrino!" Mari Pepa no sabe si reír o llorar. -"Pero, ¿será posible felicidad tan grande?" El Señor Joaquín llama ahora a voces al Señor Candelas, que también se aproxima. -"No se vaya usted, señor Candelas: que la risa de la Mari Pepa ha vuelto a su garganta definitivamente, y es preciso que sepan ~~WOW~~ todos en el barrio que hay muy pronto boda de rumbo en San Cayetano." El Señor Candelas corre para dar a todos los conocidos la gran noticia; la Verberna ha entrado en su periodo de mayor brillantez; y la música del dúo de LA REVOLTOSA ha pasado desde la Banda de la Paloma a los organillos, que la tocan ahora como un himno a la hermosura de las mujeres madrileñas y a la majeza de los hombres cabales. ¡Todo el ambiente se llena de música de LA REVOLTOSA!

De los hilos de los vendedores de globos de colores se desprenden a docenas los globos, que ascienden sobre los organillos y sobre los barquilleros. En cada globo que vá por el cielo, en busca del globo de la luna, aparecen reproducidos los rostros de dos amantes como nuestros protagonistas. ¡Son docenas de caras de Mari Pepas y Felipes, diciéndose dos frases: -"¡Ay, Felipe de mi alma!" y "¡Mari Pepa de mi vida!" Giran los manubrios de los organillos, giran las ~~WUWUWU~~ ruletas de las barquilleras, giran los distintos tíos vivos y Norias de la Plaza. ¡Siguen cantando los organillos!

Y, fundiéndose con todo, voltean también las campanas de la Iglesia parroquial de San Cayetano de Madrid. Vemos su fachada. A la puerta se agolpan los invitados a la boda de Mari Pepa y Felipe. Acaba de terminar el casamiento, y los nuevos esposos salen del brazo, recibiendo las felicitaciones de todos sus amigos.

Allí no falta nadie. Por estar presentes, hasta se encuentran en el atrio la GARDENIA y el POSTURAS, reconciliados y felices. ¡Voltean las campanas!

Y no ha dejado de sonar, en toda su grandeza, la hermosa frase del dúo, que no cesará hasta el mismo final de la película.

¡Qué júbilo el de Felipe y Mari Pepa! --"En los Viveros os esperamos!", dicen ellos, radiantes, a sus invitados. --"¡A los Viveros!" repite el Señor Joaquín, ufano de ser un padrino rumboso. Isidoro, en su "manuela", adornada con lujo, aparece a recoger a la feliz pareja. Cuando el coche se pone en movimiento los invitados dan gritos de "¡Vivan los novios!". Y el Señor Candelas, "paternalmente", ofrece su brazo a la pequeña Almudena, que palmotea ufana.

=====



Surgen de repente ante la Noria Soledad y ~~cupitos~~ chupitos. — ¡Ah, ban-
cido

Parche
23.10.01